DT 06 25

La voz de Mahler es una de las más significativas de ese momento mágico de la sociedad y de la cultura europeas que es la disolución del imperio osburgico. Es un mundo decadente del que se han sobrevalorado los resultados científicos y filosóficos y se ha hecho alguna mitología excesiva de los literarios. Musil da de él una imagen rigurosa y fascinante y Thomas Mann una traducción más famosa que parece una copia y a veces lo es.

Mahler utiliza musicalmente los instrumentos adecuados y algo insólitos para tratar una época decadente. La cita, la parodia, la ironía, a veces el sarcasmo, la autocomplacencia, la piedad de sí mismo y la ternura. Su tiempo ha llegado, como él pronosticó, y Mahler atrae ya al gran público melómano, pero es también porque a menudo se le entiende mal.

En este tiempo nuestro que reacciona a las finezas irónicas y se siente ofendido por ellas cuando logra percibirlas. Pocos cultivan hoy el Quixote, Gil Blas, Anatole Franz y el Abate Coignard ya no son de este mundo. Y Lucien Bergeret no existe.

Precisamente a causa de la parodia y de la cita y de la facilidad con que nos llegan algunas de sus melodías, Mahler puede parecer vulgar. Esa facilidad, esa aparente vulgaridad, son las que hacen que Mahler sea rechazado por algunos y guste a otros. Pero el caso Mahler es al contrario complejo y original.

La culminación, la desembocadura de la gran línea musical austro-germánica de la que él logra una síntesis desintegradora. Mahler es ya el expresionismo. En Mahler culmina y explota, pasando por la modulación wagneriana, el problema sinfónico creado por la novena de Beethoven.

Con una instrumentación de claridad deslumbrante que consigue la perfecta localización de las líneas polifónicas, gracias a la variedad de los timbres, con unas estructuras inmensas y no muy definidas, con lo que se ha llamado tonalidad progresiva, Mahler hace desaparecer el último vestigio de la sinfonía clásica. No es un accidente de tiempo y lugar que Schoenberg, Weber y Berg estuvieran siempre muy atentos a lo que hacía Mahler. La obra más importante y más mahleriana de Mahler es, significativamente, un lead de dimensiones sinfónicas, el canto de la tierra, aunque quizás la primera y la cuarta sinfonías resulten más atractivas en una primera aproximación.

De todas formas, en el canto de la tierra, como a menudo en Mahler, la línea melódica es uno de los elementos dominantes. Puede oírse como lo que es, una especie de sinfonía para tenor, contralto y orquesta. Quiero decir que no me parece mala cosa no entender los textos, es música, no poesía.

La grabación histórica del canto de la tierra es la de Bruno Walter, que estrenó la obra y fue discípulo de Mahler, que era un grandísimo director. Es histórica también por la contralto, Catherine Ferrier. La interpretación más perfecta y equilibrada es la que estamos oyendo, en la

que Klemperer dirige a dos cantantes de sueño, Christa Ludwig y, sobre todo, Fritz Wunderlich.

Hay una gran versión reciente de Giulini, con la filarmónica de Berlín, editada también en compacto.